NO HAY CORAZÓN QUE SANE QUE NO SE ABRA

Iridian Silvestre

Es normal que las hojas caigan en otoño
y que lloren las cuerdas bajo la batuta
y estoy lejos de la normalidad de ese ensueño,
porque caídas y llanto es lo que mi alma recluta.

Más he decidido gritarlo al mundo,
no porque quiera recolectar sus lástimas,
sino para que mi ser deje de ser mudo
y hable mucho no solo con lágrimas.

No es que le vuelva al poeta el pensamiento,
ni tampoco que al orador le vuelva la palabra,
pero es la forma en que se entiende el tiempo,
que no hay corazón que sane que no se habrá.

Noches incontables de desvelos sombríos
y las horas del día tan largas que matan
en las que entre realidades y desvaríos
existen mil dudas que siempre me asaltan.

Quiero gritar que sufro un terrible mal,
en el que un buen amor es el protagonista,
jamás, jamás nos dejamos de amar,
Más se marchó dejándome desprovista.

No es que haya querido abandonarme
Solo que el destino eso planificó.

Tanto he llorado por aquí quedarme

Y ella hasta el cielo como ángel subió.

Hoy ruego al tiempo que pase rápido,

Para reunirnos ella y yo de nuevo,

Y de la mano me saque del mundo árido

Para saltar en las nubes que hay en su cielo.